

Cultura de la emergencia

Frente a la barbarie financiera totalizante, la política sumisa y los ciudadanos atontados, es la hora de la cultura-en-común ardiente

Pablo me despertó. Lo conozco en Rosario, después de una conferencia sobre la democracia como casa común desde la pluralidad ciudadana que doy con motivo de una espléndida exposición del fotógrafo Joan Horrit. Es alto, delgado, guapo, un tanto frío, pero a la vez se me acerca, seductor, y quedamos en *emeilarnos*. Unos meses después, al inicio de su verano y mi invierno, otra vez estoy en Rosario, cae una tormenta que trastoca la ciudad. Me dice que *está en emergencia*. Y que a él le gusta pensar y trabajar desde la emergencia, porque *en el extremo todo es más diáfano*. Doy una conferencia sobre marca de ciudad con mis sugerencias sobre Rosario. Después vamos a cenar para intercambiar opiniones. Y surge el destello: *¡Latinoamérica y emergencia son sinónimos!*, me lanza. *Y también es emergencia hoy la cultura, Toni: escribe sobre esto*. Al salir, las calles son ríos...emergentes.

Las pujantes décadas del ultraliberalismo financiero han carcomido la cultura del pensar y el hacer ciudadano corresponsable, orillándola al ámbito del espectáculo vacío y con tarifas abultadas, podándola de todo brete verde de crítica y encerrándola en el espacio de políticos, gestores y artistas de medio pelo y mucha ambición, especialmente mediática y económica. La cultura se ha transformado, bajo la presión del mercado omnisciente y todos los innumerables acólitos que se han sometido al rigor dogmático de las políticas culturales afrancesadas en los ochenta y después sometidas con gustazo al dictado de la economía sacrosanta y los artistas como sus gurús ávidos de dinero incesante para tonterías presentadas como creatividad heroica, en producto de estantería o en gama del lujo con resplandor y el bombo. Puro y escalofriante trampatojo.

Fin del novelón.

Las plazas y calles de los indignados, la insensatez de los recortes en los servicios públicos para laminar y pauperizar el estado del

bienestar, la vulnerabilidad ciudadana, la ola gigante de los nuevos excluidos... han hecho saltar la alarma: estamos en emergencia cultural. Debemos derribar las estanterías doradas, con incrustaciones de perlas falsas, donde han colocado la cultura amansada, para que regrese como semilla fértil para-lo común-ético en la tierra polucionada de las ciudades. Con emergencia. Con audacia. Con un cierto descaro. Y plantearnos qué cultura para los próximos 50 años en los que occidente tendrá un crecimiento lento, las redes substituirán las jerarquias, la inteligencia artificial será una realidad, la familia no será tal, el cambio climático si no hemos actuado será catastrófico, la desigualdad del precariado puede ser la gran peste negra devastadora y el trabajo y lo monetario ya no serán el eje de la vida. Los datos son de fiar. ¿Una cultura procomún creativa y colaborativa para el postcapitalismo? ¿Qué cultura para la post clase media en extinción y en la que la cultura viene centrándose desde la Ilustración?

Estamos en movilización.

Aislado en el monasterio benedictino de Montserrat, en la soledad sonora de su atmósfera, donde opto por celebrar la Navidad del 2015, empiezo a escribir estas notas desde el furor, la indignación y la esperanza. Y el saqueo: muchas las han motivado lecturas y experiencias que me han impactado. Todas me han avivado a replantear la cultura que, urgentemente, necesitamos. Perdón por la copia, pero copia pasada por mi sensibilidad, creatividad y singularidad.

He optado por un texto escrito a modo de sinfonía en el que los temas melódicos básicos, emergentes, aparezcan repetidamente aquí y allá para crear una atmósfera saturada de ideas que inciten a la acción para una cultura del vivir y el convivir muy otra. Una sinfonía de fragmentos para escucharnos, entendernos, compartir, colaborar y transformar.

Trompetas, por favor.

Quiero, este es mi credo, una cultura que construya lo-pro-común y, desde este común-creativo-y-cooperante, ponga límites a lo político sólo partidario e interesado en los bolsillos de los políticos y lo económico que se concentra, repugnantemente, en el 1% de la población mundial, depredadores con inteligencia inaudita para la maldad. Quiero una cultura que reconstruya artesanalmente, pedacito a pedacito y desde las interrelaciones de los centros para la cultura en red con los plurales ciudadanos - los barrios demasiado abandonados y muy cabreados, devuelva la dignidad a los pobres humillados que no se dejan almacenar en guetos, esté junto a los inmigrantes que luchan por su vida en ciudades que sólo los toleran porque son mano de obra barata, entienda y energice a los jóvenes a los que prometimos todo y hoy se encuentran en el precariado, refuerce a las mujeres que desde la igualdad continúan sus luchas... Una cultura con todos los enfrentados a la gran lacra: la creciente y aberrante desigualdad desde una inteligencia multitudinaria compartida y esperanzada. La desigualdad está en el inicio del desmoronamiento de la ciudad y la misma democracia: es la enemiga para la cultura común. ¿Cuándo lo comprenderemos? La cultura de la emergencia, de otros valores-en-común es desde donde debemos abordarla con hechos. Conviviendo otramente. Trabajo para una cultura que abandone la aburrida conversación que nos tiene secuestrados: apuestas entre artistas, repeticiones, sujeción a la economía, capillitas, politiqueos, despachos enmoquetados, opción por el espectáculo incesante, obsesión por evitar pensar conjuntamente, desconexión con la realidad cotidiana, delirio por lo mediático... Una monserga prescindible. Y, además, fraude a la ciudadanía.

Necesitamos una cultura para la colaboración emergentemente donde está instalada ahora la barbarie de lo financiero sin escrúpulos como gran proyecto humano. Urge una gran transformación. Radical. Huracanada. Una cultura para la desfinanciación de la vida, la ciudad y el mundo. No soy un

atontado que está contra la economía. Simplemente viene después y debe volver a centrarse en la economía colaborativa, la productiva a escala ciudadana y regional. Una cultura que ponga en primer lugar el recuperar la-ciudadanía-en-común como base de la ciudad democrática. Porque la cultura nos facilita comprendernos, plantearnos horizontes alternativos, crecer humanamente...desde el dotar a nuestra-vida-común-de-sentido. Es siempre expansiva/curativa-en-positivo: empuja felicidad. La verdad, necesitamos curarnos: hemos consentido crear un mundo en el que los lobos mandan, infectan, miserabilizan.

Algunos creativos ya están aquí. Un ejemplo entre muchos, pero todavía pocos. Los mexicanos *Daimonds Land* alzan la voz contra el consumismo y contra el poder. Su expo sobre *Arte y Otras Banalidades* presenta los intereses oscuros que mueven el mercado y la frivolidad que reina en el sistema del arte, interesadamente sacralizado. Son dos artistas que trabajan en equipo y se valen del arte para criticar todo lo que no les gusta. *Lo que interesa a la gente es – afirman – lo que conmueve. Si cambiamos de hábitos y nos reeducamos, se puede asentar un golpe mortal al sistema. La gente se queda sin casas y sin coches, después de haberlos presionado a comprar. El negocio prima sobre cualquier otro interés. El mismo arte está contaminado por los grandes empresarios especuladores. Para nosotros el Gugenheim no es el modelo a seguir. Preferimos contemplar arte en pequeños espacios.* Tal vez es una de las pocas cosas buenas que nos ha regalado esta crisis global: arte para agitar conciencias y sembrar semillas de duda.

Nos han robado ya demasiadas palabras/hechos de vida para que continuemos despistados: democracia, derechos humanos, vida en igualdad, libertad, cooperación... La cultura de la emergencia no sólo debe rescatarlas y reinventarlas: debe transformarlas, otra vez, en vida de ciudad-con-los-ciudadanos.

Basta de robos. Vamos, pues, no sólo a rescatar: vamos a desobedecer. Vamos a por los que perpetran tanta humillación en nombre de ideales que son simplemente mentiras y podredumbre, vociferadas desde discursos aparentemente inocuos que, incluso, suenan bien. Hay una medida para descubrirlos: proponen cosas que solo aportan grandes beneficios a unos pocos/mismos. Señalémoslos. Sin ningún respeto. Porque bajo su dominio, aparentemente amable y preocupado, la cultura ha dejado de ser cultura: crítica, para todos y en plural, para la libertad corresponsable y la creatividad ética, común, preguntona... Es tiempo de recuperarla. Ahora desde y con los ciudadanos que retoman palabras vitales para transformarlas en estilo de vida compartidos. Impliquemos a creativos que afrontan problemas y retos que nos preocupan. Denunciemos a los abusones, a los manipuladores, con violencia pacífica pero contundente, desde equipos que están en la cultura y sus centros públicos y ya no pueden más de tantos abusos hirientes en ecología, en incompetencia mezquina, que aplastan todo lo que suene a común, y son expertos en pillaje de bancos, porque el mercado es su único dios y el eje insultante de un sistema delincuente que quiere transformar lo público en un mercado solo para ellos. Ni un día más.

En los gobiernos hay desdén por la cultura que siempre es punzante y sutil a la vez. Ponen sutiles impedimentos para la cultura de la inteligencia compartida, la que propone valores para una vida democrática con colaboración efervescente. Estos gobiernos potencian, cuando les conviene y para salir en los medios y darse un baño público, los grandes montajes para el espectáculo. O las declaraciones sin consecuencias: discursos fatuos. Si los examinas a conciencia, ponen una distancia infinita a las apuestas de grupos y pequeñas organizaciones que innovan para un estilo de vida menos groseramente comercial, sumiso y dictado. Porque no soportan la autoconciencia ni la auto-organización de los ciudadanos que la cultura favorece, potencia

y es su motor plural. La cultura para la emergencia liberadora les espanta. Frente a ella vociferan seguridad y orden. Nosotros optamos por la pasión y la desobediencia. El porvenir ya no es suyo. Y los estamos mandando a la calle.

El piano de la cultura suena: escuchémoslo. Manos indeseadas lo han aporreado en las últimas décadas para tocar melodías de mierda. Han optado por partituras que exaltan la rentabilidad económica, el culto al personalismo narciso, a la espectacularidad sin sentido, a lo artísticos como revelación opaca, a la seguridad policiaca como gran tema para la ciudad, tolerando solo las culturas inmigrantes... Manos de hierro han hundido teclas, destrozado cuerdas, descompuesto tonos. Casi lo destrozan. Pero los ciudadanos lo han rescatado y lo han devuelto al centro de lo público para tocar, con manos múltiples, anónimas, melodías para los valores cívicos, marchas para la motivación creativa, canciones de resurrección, polifonías de pluralidad desde lo que nos une, inundando la atmósfera de la ciudad, reencantándola para la vida libre y democrática, cooperante y tierna, interrelacional y con avance compartido. Al viejo piano de la cultura-para-la-vida-en-común reinventado, algunos se acercan con instrumentos otros, de cuerda, de viento, de percusión. Y dialogan, componiendo la sinfonía para el nuevo mundo, ciudad y vida transformada. Oyendo al piano la esperanza no cesa.

La cultura para la emergencia debe soltarse la coleta y agarrar todas las propuestas de los movimientos sociales, radicalmente creativos, para la igualdad en una dimensión para lo pro-común-de-suma y ponerlos en el centro de los anhelos, propósitos, proyectos, acontecimientos y programaciones con auténtico sabor ciudadano de nueva civilización. Para esto, seguro, debe haber un cambio mental – y también generacional – en los directivos/coordinadores de las organizaciones públicas y en las civiles, tan repetitivas, tan planas, tan siempre lo mismo y

siempre para los mismos. Sosas. Sin pilas. Sin olor a presente y, mucho menos, a futuro ya no solo improbable: construido de otra manera.

La cultura es para todos. Pero no por un igual, creo hoy. En primer lugar, la cultura es cosa de los que luchan por la dignidad, los que están en marea verde, los voluntarios en causas sociales, los que se apuntan por la justicia, los que se movilizan por servicios públicos de proximidad y accesibles, los pobres y los anhelantes de vida con más calidad, los que comparten, los que crean futuro, los que se lo pasan mal, los que experimentan como algunos aplastan sus vidas impunemente, los desengañados, los que ya han tirado la toalla... Y está reñida, no tolera y acusa, a los corruptos, los indiferentes, los insolidarios, los mentirosos, los especulativos, los mafiosos, los de la mala fe disfrazada de virtud, los que cada día son más y más ricos sin mirar de dónde les viene el dinero. Almudena Grandes, en una *Feliz Navidad* desde un periódico, a estos últimos les desea que una ostra justiciera los intoxique. Casi me apunto. Si no enmiendan se merecen un par de ostras con larga diarrea para meditar sentados en el váter, que siempre es común. Todos somos ciudadanos. Pero a algunos la cultura nos fertiliza la vida. Otros se cagan en ella. Dudo que sean felices.

Europa, la magnífica cultura europea que quedó arruinada tras la segunda guerra mundial, no lleva visos de recuperación: opta por cambios estrechos, está llena de prejuicios, es absolutamente artística y convencional, no crea confianza entre los ciudadanos, desprecia la cultura de los refugiados, que es otra y también magnífica... Necesitamos un vendaval de ideas/valores, de maneras y estilos de vida que atraviesen las fronteras mentales y físicas de Bruselas. Hemos de construir la Europa de los ciudadanos-plurales-en-común. Y esto lo haremos sólo desde una cultura de signo abierto, multicultural, para sentirnos fuertes y audaces en lo pro-común. Debemos abrirnos

a todas las influencias, especialmente del sur, porque durante demasiados años hemos soportado mecanismos de eficacia y eficiencia dudosos de la Europa norte que, a menudo, se cree superior porque es, simplemente, más rica. Estoy seguro que la recuperación o superación de Europa vendrá de sus ciudades y los pueblos del sur, de su cultura del sol que hunde las raíces en lo griego y está abierta a las composiciones fascinantes de un mundo que, durante siglos y contemporáneamente, se ha adaptado a estilos de vida donde los ciudadanos son algo más que un número o una mercancía.

¿Para qué sirve la cultura – lo que propone desde el cine, la música, el arte... - si no prende en el alma de los ciudadanos? Jonas Nekas lo afirma a sus noventa años de cine. La cultura es un gran aprendizaje no interrumpido que rehúye el no pensar, el individualismo cerrado, la satisfacción inmediata de los deseos mediante el consumo como gran vehículo, la avaricia, la exclusión... La cultura exige pensar, compartir, aprender, prepararse, tomar opciones, autorresponsabilidad, generosidad y corresponsabilidad, tesón y pasión, esfuerzo vital y compartido, opciones por la libertad y la igualdad, la democracia radical o una vida no depredadora con la tierra. La cultura, pues, es una emergencia vital, continuada, que termina con la muerte plácida que todos deseamos y por la que tan poco parece que nos preocupamos porque tenemos demasiadas cosas para distraernos. Debemos volver a reinventar lo que significa cultura.

Cuando la cultura no tiene su cuerpo hundido hasta los pezones en lo social es aparato para el adorno y el entretenimiento porque se olvida de los ciudadanos vulnerables, no opta por la crítica propositiva a los gobiernos y dura al soberano mercado totalitario. La cultura, en estos años de gran terremoto y vulnerabilidad que atravesamos para la gran transformación, ha gritado muy poco frente a la desigualdad creciente que han provocado las políticas de hostilidad, favorecedoras por goleada al

1% de los poderosos pornográficos, ya ahogados en dinero. Ha gritado poco al lado de los ciudadanos que hemos pagado los estropicios, caprichos y abusos de bancos y financieros gordos. No es verdad que hayamos vivido por encima de nuestras posibilidades: ellos son los que han abusado salvajemente de una economía que les favorece única y exclusivamente: la del saqueo. Cuando la cultura no grita frente a esta obscenidad es culpable: contribuye con su silencio al ahogamiento de lo humano compartido. Gritar abre conciencias y potencia compromisos éticos.

La cultura, después de tanto tiempo decantada al espectáculo y a menudo confundándose con la frivolidad, debe recuperar su dimensión educadora, mostrando, desde lo que propone en sus espacios, ejemplos desde los que aprender y líneas por las que, libremente, podemos caminar con vehemencia. Esto pide brillantez expositiva, capacidad de evocación desde lo que ocurre preocupante, osadía e, incluso, impertinencia. Jamás con autosuficiencia y pedantería. Siempre conversando. Responsablemente. Con una conversación de valor ético como hilo conductor que impulse libertad y dignidad frente a la actual estupidez partidaria miope y sus amos astutos, los poderosos financieros o el periodismo cretino, que impulsan estilos de vida contra la cultura bastardos, devastadores, con una belleza mortuoria insoportable.

Faltan muchos directivos visionarios al frente de las organizaciones para la cultura. Y sobran toneladas de monótonos, cómodos, sosos, anémicos, serviles, oficialistas. Faltan creativos para el sentido desde equipos que dejen a un lado la casta de los artistas sólo interesados en ganar plata, especie que hoy ya no pertenece al sector de la cultura si no al mercado de las altas finanzas. Faltan comunicadores que entiendan que su organización para la cultura debe estar en las redes sociales y en los móviles para otras noticias, otros

conocimientos, otras vidas. Faltan empáticos con lo que ocurre hoy, tan preocupante: deberíamos estar más con los ciudadanos si queremos que la tierra no enferme, la vida tenga sentido energético, lo procomún no sea un adjetivo y el futuro esté saturado de esperanza positiva.

Una cultura desde la emergencia de valores para afrontar la gran transformación del a vida, la ciudad y el mundo es donde debemos centrarnos. Valores, pero, jamás en abstracto, anunciativos. La cultura debe transmitir valores como formas de vida: maneras de hacer, maneras de sentir y de interpretar, maneras de ver y convivir. Debe facilitar experiencias de crecimiento personal en calidad humana para comprometerse, responsablemente, con otras formas de vida desde la libertad creativa. La cultura no dicta valores: los facilita desde aprendizajes: genera procesos de crecimiento y maduración común y personal. Apostando, en primer lugar, por la pluralidad, la diversidad. Valores, pues, para un proyecto de vida ciudadano con sentido ético actual. Toda organización o grupo desde la cultura de los valores facilitará respuestas a dos preguntas fundamentales: ¿en qué ciudad y mundo queremos vivir? Y, ¿cómo quiero vivir y convivir en esta ciudad y mundo? La respuesta a ambas debe ser personal y en diálogo con los demás, con los otros, tan felizmente diferentes.

La cultura debe reconectar urgentemente con los jóvenes del milenio, una generación, dicen, un tanto aburrida, obsesionada por sí misma, por hacer carrera, adicta a las tribus de las redes sociales, enganchada al teclado. Encantada con los selfies. Quieren gratificación espontánea, valoran la rapidez, la eficiencia. Pero consultan a sus amigos. Les van las marcas que no sean estrepitosamente de moda. Quieren probar cosas nuevas. No están dispuestos a gastar mucho dinero. Influyen en la familia. No son abusivamente consumistas y sí bastante frugales. Son sensibles a causas justas. ¿Cuántas organizaciones

para la cultura disponen de un análisis de este público objetivo de los jóvenes con precisión y sugerencia? Sé que son pocas y excepcionales. Es grave porque si no conocemos real y personalmente a los jóvenes de nuestra ciudad no nos escucharán, porque somos incapaces de hablar su lenguaje. Y seremos invisibles para una multitud de ellos, gravísimo porque la cultura es fundamental para los aprendizajes importantes en la vida. ¿Haremos algo para salir de este estropicio? Cuando los jóvenes no inundan los espacios para compartir cultura deben sonar todas las alarmas.

La arquitectura para el lucimiento en los edificios para la cultura se acabó. La estética *póvera* se impone: recuperación de edificios o reutilización. Los edificios ahora hablan otro lenguaje más amable y tierno desde su estructura, facilitando comprender el espacio de un solo vistazo, olvidando oropeles decorativos o tecnológicos. Se busca la cálida desnudez en el edificio. El premio Pulitzer ha reconocido el reciclaje material y la apuesta de raíz cultural del chino Van Su en su museo construido con escombros de otros edificios. Aprendamos. Paralelo a este despojo esencialista en la arquitectura para la cultura, debemos emprender otro: detrás de las obras, de todo lo que la cultura piensa, propone y moviliza, debe rescatarse una certeza largamente soterrada por oportunistas varios: la cultura late para una vida y un mundo con espléndida dignidad y felicidad espontánea. Escucharla pide silencio y atención para entenderla, apreciarla y practicarla. Toda cultura no cotidiana es decoración.

La cultura para la emergencia debe ser excitante y atractiva. Porque propone y genera ideas indispensables, inspira futuro común y personal. Y lo hace de una manera irresistible: quiero y debo estar en estas organizaciones para la cultura de más vida en la vida. Esta cultura no es, entonces, para ciudadanos ociosos: es ayuda, motivación, energía para ciudadanos inquietos, buscadores, curiosos, progresivos, indagadores. Si las propuestas

desde la cultura no facilitan a los ciudadanos vivirse con más intensidad y diseñar y vivir sus vidas con más audacia, lo mejor que pueden hacer los equipos para la cultura es abandonar sus espacios y montar una floristería o un restaurante mono. La cultura que no facilita horizonte, entrenamiento, retos, comprensión, no es de emergencia: es domesticación neurótica.

Cualquier centro para la cultura es un punto de energía creativa, interrelacional, entre el equipo que lo dirige, gestiona, comunica, invita o atiende y los ciudadanos que lo visitan, experimentan, se abren, se revivifican. El equipo debe pensarlo y hacerlo todo desde esta tesitura. Y los ciudadanos, al estar y compartir, deben comprender que esta experiencia abierta tiene consecuencias en sus vidas personales y en común. Al salir del centro un ciudadano debe estar más dispuesto a entenderse y a actuar en la vida, la ciudad y el mundo. No en abstracto, quedándose en las buenas intenciones: la cultura para el buenísimo es, simplemente, estúpida, para paños calientes. Debe, pues, tomar alguna decisión y cumplirla: la que su experiencia en el centro le insinúa. Es verdad que esta decisión a menudo no aparece al pisar la calle porque se incubaba. Pero aparecerá nítidamente si lo que el centro presenta está cargado con creatividad para el presente y el futuro. Y uno se ha sumergido voluntariamente en su relato.

¿Cómo afrontar el desencanto ciudadano desde la cultura? ¿Cómo dejar de andar y jugar siempre fuera del centro del campo? ¿Cómo tener una narrativa para la cultura llena de sentido, de preguntas, de horizontes compartidos, coherentes, articulados y nada deslavazados? ¿Cómo dotar la cultura de una visión a largo plazo? Lo que no funciona en una organización para la cultura es una programación de propuestas más o menos bonitas. No hay fuerza, vigor, reto. De continuar con esta perspectiva monótona a las organizaciones para la cultura vendrán los de siempre, los fieles conocidos y poco numerosos,

porque los ignorados, los que no tienen empleo, los inmigrantes, los jóvenes inquietos, los mayores vitalistas, las mujeres emprendedoras, las víctimas de la desigualdad... quieren y buscan algo radicalmente vital, cuestionador, para compartirlo y vigorizarse. Tal vez, lo que les falta a estas organizaciones es hacerlo todo desde el amor generoso con los otros.

No solo en Latinoamérica, en Europa también, debemos redescubrir los saberes de las culturas indígenas para el ciclo de la gran transformación en que estamos navegando. Así, algunas de estas culturas milenarias están profetizando que los nuevos tiempos serán más de tierra: relaciones en red, convivencia planetaria o intercambio recíproco. Serán más desde lo común: la colaboración, la cooperación, la comunicación, la co-gestión, la comunión, la comunidad y la ciudad en red... y todas las actuales y por inventar. En el 2012 volvieron a sonar los tambores del fin del mundo cuando los mayas, tan sabios, lo que anunciaban era otro ciclo vital de regeneración más energéticamente cooperante para afrontar los nuevos retos que o no queremos ver o a unos pocos les interesa que no los veamos. La gran colaboración, desde esta tesitura emergente de lo indígena plural, es sinónimo de gran despertar creativo y colaborativo con latido de tierra energizante.

Harto del supermercado cultural que nos inunda, donde todo es cultura con mucho, demasiado, arte... de mierda. Un supermercado que ha divinizado el cinismo, la antihumanidad y la intimidad hipercerrada. Un supermercado pensado y gestionado por tiburones, y no precisamente los de Damien Hirst tan prescindibles. Todo debe ser en cultura, y desde hace un tiempo, hipercomercial. Con instalaciones gigantescas a poder ser para el entretenimiento absoluto hasta que llegue la muerte. Con lujo, mejor. Harto, pues, de artistas famosos, de profesionales atildados, de marchantes manipulantes, de directivos atontados, de políticos oportunistas e idiotas, de

críticos perdidos y crípticos, de gente creativa en marinar cultura y dinero o estética y oportunismo. Así es la gran diosa de la cultura venerada: salvaje. Y su reinado es la especulación. Emergencia: fumigarla con humanidad de los olvidados, pobres, y buscadores de creatividad para la libertad creativa y la ética común. La incultura para el grandioso espectáculo desactivante debe ser substituida por la cultura de la cotidianidad colaborativa de abajo a arriba.

La cultura de la emergencia, lo siento, solo puede ser radical y antisistema después del fracaso rotundo del sistema financiero y el sistema de los partidos. Ambos, un fiasco. No puede instalarse, pues, en el conservar. ¿Por qué no plantea cuestiones nucleares como el régimen de propiedad u otra organización del trabajo y deja de lado por diez años el Lago de los Cisnes, la Séptima de Betoben, otra vez otro Shakespeare, para poner ejemplos tópicamente repetitivos? Debe abandonar su inmemorial tacticismo: apesta. ¿Por qué no insistir una y otra vez sobre el desorbitado crecimiento de las desigualdades y la destrucción de la tierra? La cultura debe plantear, como mínimo, una nueva época más ética. Y empujarla. La cultura de la emergencia tiene que hacer suya y lograr lo que planteaba Rosa Luxemburgo: *quien no se mueve, no se da cuenta de sus cadenas*. Debe centrarse, pues, en cuestiones importantes: entender lo que nos pasa para apuntar líneas que no solo alivien el sufrimiento: transformen sus bases.

El arte como en la cultura es un puente hacia el sentido y la acción. Un puente bidiraccional. Que siempre debe recorrerse entero en los dos sentidos complementarios. El arte te pregunta, te cuestiona, te inquieta, te descubre, te señala. Si sabes mirarlo, comprenderlo, interiorizarlo, con humildad y silencio. Si sabes dialogar. Si estas abierto. ¿Y qué descubres? Siempre sentido otro, diferente, autoafirmativo. Te abre. Te construye y te reconstruye. Es vital para la vida personal y común. Pero

quedarse aquí, ensimismado, paraliza, atrofia, academiza, aísla. El arte para el sentido empuja a la acción, al cambio, a la transformación, a los procesos de toma de decisiones personales y procomunes. Entonces descubres que mucho arte no es arte: es decoración, papel bancario, distracción, trampantojo. ¡Tremenda responsabilidad la de las organizaciones para la cultura desde las artes! ¿Cuales para el hoy y de qué manera?

Me gusta demasiado el prefijo re: de restaurar, reinventar, revolucionar, revolver, remover, revelar, remar, reordenar, reinterpretar... Cuando, pero, lo aplico a la cultura, me suena a excesivamente continuista. Como de apañños varios. Tal vez es mejor descuajaringar: desestructurarla, pegarle un par de tortas, tres patadas, para que se le caiga la caspa y el glamour, lo *cool* y la importancia, la artestividad y el gerencialismo que la tienen tiesa, apelmazada, arqueologizada y en plan trasto al servicio de unos pocos. Si la descuajaringamos –me gusta la palabra por su sabor vulgar- volverá a ser atmosfera para la vida, *fiat*, original ético, transformación radical desde las tinieblas de lo injusto, dominador y repelente con quienes ha convivido, se ha dejado manosear, besar en público. Y ha callado vergonzosamente. Esta cultura necesita morir. Para volver a nacer otra: contracultura de ciudadanía ética.

Me parece que la cultura desde hace una décadas está empeñada en trabajar para su propia insignificancia: se encierra en sus espacios y los directivos –la mayoría autistas y sin equipos plurales- se limitan a administrarlos –este es el concepto, olvidándose que la gestión comporta hacer las cosas a través de otros-. Las organizaciones para la cultura se enorgullecen de que delante de ellas está un experto: la plaga de los maravillosos y sabelotodo expertos. Están seguras que este es el modelo sin alternativa. ¡Idiotas, necias y mentirosas! Expertos –no lo niego- buenos en montar algunos acontecimientos singulares y mediáticos, mayormente carísimos, pero incapaces de establecer

una relación de movilización confiada con los ciudadanos para la transformación de la ciudad, desde centros gestionados como energía civil contemporánea. Urgimos de centros para la cultura empática, colaborativa. Con un proyecto de valor ciudadano que asuma los retos de emergencia actuales, que apunte a otro futuro que la cultura debe inspirar creativa y táctilmente. Si tal hacen, los centros/organizaciones para la cultura serán referenciales en los barrios y en la ciudad común.

Amo la neurociencia. Explica que si queremos otra realidad, debemos convertirnos en otras personas: en ciudadanos diferentes. Quien lo facilita es la cultura de la emergencia porque constantemente propone pensamiento energético para la transformación a partir de dibujar desde la ética común contemporánea otra vida, ciudad y mundo. Esto comporta que en los centros de la cultura desde la emergencia debemos estar dispuestos a modificar ideas y acciones, sentimientos y emociones, para aprender algo nuevo, imprescindible, no copiado, que favorezca conexiones cerebrales para la evolución personal y común. Esta cultura empuja siempre futuro a partir de dinamitar programas de terror, de culpabilidad, de pasividad o aceptación de injusticias, de dominación, que tenemos instalados en el subconsciente. La cultura de la emergencia nos presenta marcos mentales que superan y presentan otras circunstancias para la vida: otras posibilidades que podemos hacer reales, creándolas desde actitudes y acción, para que sucedan. Así crearemos otra vida, ciudad y mundo si nosotros vivimos y compartimos otra vida, ciudad y mundo desde el sumergirnos en la cultura que propone y acompaña, que insista y convence. Si la incorporamos, lo lograremos.

Lo nuclear en la vida es lo no cuantificable, pero experimentable. Esta obviedad de sentido común ha sido desterrada de la atmosfera de nuestras ciudades porque lo imprescindible es tener, acumular y exhibir. ¿Cómo la cultura

debe repensar la dimensión ética de sentido experimentable para la vida? Optando –perdón por el atrevimiento- por la psicocultura que nos libera del run run capitalista culpatorio en su raíz: ¡si no consumes ya no eres nadie! Tamaña grosería es bárbara, nauseabunda. Frente al psicocapitalismo financiero que optimiza positivamente la vida unidireccional insistentemente para la producción y el consumo económico, necesitamos, urgimos, de una psicocultura pública que optimice energéticamente la mente para el sentido común de la convivencia y la autorresponsabilidad desde la pluralidad. Para ello, seamos positivos en las denuncias y movilizemos conciencias contra el narcotizante relato único, totalizante y dominador insolente de la economía como núcleo indiscutible para la vida plena. Fomentar la indignación frente a las toneladas de mierda tragadas en estos últimos decenios, tan bien maquilladas y orquestadas, no es opinable en la cultura para la emergencia de la dignidad humana. Hagamos esto, tan olvidado: dejemos de estar obsesionados por cazar éxitos y exhibirlos. Optemos por la tarea artesanal y paciente de los labradores que, paciente y constantemente, siembran.

Los espacios para la cultura en las ciudades delimitan un lugar y tiempo públicos para que repensemos e inventemos cómo estamos viviendo y cómo queremos vivir y convivir. En estos espacios privilegiados se nos muestran inevitablemente fragmentos y visiones de vida presente u otra desde las ideas en debate, las exposiciones, el teatro y la danza, la música y el cine, la fotografía... Son fragmentos de universos abiertos al alcance de todos los ciudadanos. Debemos ir una vez a la semana, mínimo, para sentirnos, confrontarnos, compartir. Espacios para fijarnos en lo que a menudo no vemos ni escuchamos. Espacios latentes. Grandes, pequeños o medianos. Como la palma de la mano o como un horizonte. Vamos para experimentarnos. Después, guardamos todo porque este *todo* está cargado de simientes.

La cultura para la emergencia debe hacer una apuesta prioritaria por los grupos colaborativos que, especialmente desde las artes, las ideas, la ecología, los derechos humanos, la igualdad común o la democracia radical proponen y movilizan inercias y estupideces en la ciudad. La cultura desde la emergencia debe facilitar que estos grupos luminosos se estructuren, trabajen, propongan y se den a conocer en red: son la ciudad en fermentación, la ciudad laboratorio, la ciudad taller, la ciudad experimentación. Son cultura otra en florecimiento, con brotes verdes, a menudo con apuestas muy críticas y altamente creativas ¡Bienvenidos todos! Porque son primavera en la ciudad: renacimiento, transformación, futuro, resurrección, insurrección a menudo, movilización casi siempre. Estos grupos, respetando escrupulosamente su autonomía y personalización, deben disponer en la ciudad de espacios públicos liberados donde encontrarse con los ciudadanos y ser motores de más y más ciudadanía. Esto es lo que ahora más me apasiona y por lo que trabajo.

Se, y como tantos rechazo, la incultura que con toques de barbarie grosera – espectáculo de *panem e circus* del mercado omnipresente que espectaculariza lo peor de la violencia y la dominación en sus múltiples facetas- nos inunda con un barniz de inocencia. Siento estupor por lo que estamos tolerando, desde ella, frente a la ordinariez salvaje y sanguinaria del sistema financiero mundial repodrido y restaurado con el dinero público. Los de la cultura, sus equipos directivos, pensadores y creativos, se han vuelto inmunes al inmenso dolor del mundo porque difuminan, con paños calientes, la crueldad que se ceba en los últimos, los constantemente empobrecidos y humillados o los refugiados: no quieren saber del extraordinario sentido injusto de la realidad. Estamos en el tiempo de demasiadas víctimas. La cultura de la emergencia, de entre todo este inmenso horror, debe facilitar lo que le es propio: ética para una nueva

humanidad. Ética, canto, para poner fin a lo financiero como estilo prioritario desde el que vivir y convivir.

La cultura de la emergencia que, constantemente, como el bajo continuo en los conciertos barrocos, no nos relacione más y mejor con la tierra, no denuncie su abuso intolerable y no plantee retos para impedir el cambio climático es directamente estúpida: está al servicio de lo inadecuado. Desperdiciamos alimentos, contaminamos incansablemente, no reciclamos, no optamos por las energías verdes, no paramos de consumir... a pesar de la crisis: estamos en el despilfarro. El cambio de comportamientos vendrá desde la cultura o lo pasaremos muy mal. Debemos quitar de la cultura su ramalazo de bobería, de estupidez, de conformismo. La nuestra es una cultura perezosa para afrontar ágil y creativamente los problemas claves en los que vivimos. Es una cultura torpe. Necesitamos una cultura que nos diga inteligentemente que hasta aquí hemos llegado. Y que ya es hora para otro amanecer en el que nuestra relación con la tierra, con la desigualdad, la pobreza, el insulto de la corrupción, la vida misma, debe ser otra. Y apuntarla: jamás dictarla. Tal vez todo esté en una cultura que nos enseñe a vivir con menos, con mayor dignidad y sin pesimismo. ¿Una cultura desde los escombros? Es la cultura de la emergencia.

La cultura tiene por epicentro compartir la felicidad. A menudo, en sus aportes desde libros, teatro, cine, danza... nos presenta su imposibilidad. Cuando estamos hambrientos de felicidad. La cultura desde la emergencia traza camino para vivirla y compartirla: no escurramos bultos, no apostemos por tibiezas, movilicémonos con fuerza para causas comunes inaplazables, planteemos retos, denunciemos abusos y mafias. Dejemos de comportarnos como patatas hervidas frente al imperialismo comercial que no nos quiere felices: nos desea desactivados, grises marengo, con ética blanduzca y dictada para ser, siempre, gente de orden, frente a ciudadanos felices desde valores cívicos,

críticos, prepositivos, que los centros para la cultura descubren, desvelan, empujan, ponen en valor... pero que después nosotros, los ciudadanos, debemos poner en práctica y compartir. Los centros para la cultura dan y piden.

El universo consumista que ha dejado arrinconada la cultura de la ética, últimamente ha optado por estetizarlo todo y a lo grande: todo debe ser estilo, seducción, diversión. Las marcas de moda –cuál no lo es- crean tendencias artísticas para la vida que debes personalizar con placer, descubrimiento y evasión de lo que te preocupa. Marcas para coleccionar experiencias hedonistas, expresivas, con sensaciones inmediatas para la autorrealización liviana. Frente a este tiovivo veloz de estéticas cambiantes cada temporada, las organizaciones para la cultura deben optar por la calidad, el esfuerzo, el pensar, el discrepar, el atrevimiento de estar con el otro diferente y no estético y si muy vulnerable. Debe hacerlo con audacia, con atrevimiento, con encanto, con provocación, con entusiasmo, con desafío. Para lograrlo, las organizaciones para la cultura pública, en especial deben ser autónomas: no depender directamente del poder político/partidario de turno que impone, condiciona y siempre opta por la estética mediática antes que por la ética: por el mostrar antes que por el transformar.

La cultura debe retomar su olvidada –y a menudo menospreciada- dimensión profética. Se ha fosilizado desde el regresar, una y otra vez, al pasado y se ha esclerotizado al amancebarse con el poder político y económico para obtener financiación y, bajando a lo cotidiano, asegurar grasos sueldos para sus directivos y la corte turiferaria de sus artistas desactivados. Debe regresar a los sin voz. Deben tomar la palabra los excluidos, los últimos, los humillados, los anhelantes de sentido ético en sus vidas, los disconformes y los herejes del *statu quo* sin aliento de ternura humana. Debe regresar a la profecía que es desafío, alerta, indignación, desobediencia,

movilización, insumisión, ideas creativas, innovaciones para la vida personal y común, denuncia... sin violencia alguna. Pero sin concesión alguna a la irresponsabilidad, el obscurantismo, el abuso, la corrupción o la manipulación.

La cultura no es anti religiosa aunque desplegó, con vehemencia, sus alas civiles ante el mutismo de las iglesias frente a los retos y problemas modernos. Del judaísmo la cultura hereda la esperanza, que es clave en las ciudades. Del cristianismo, el amor, tan manoseado y cruelmente sexualizado. Y del islam, la fe que a mí me gusta traducir como confianza, indispensable para la vida común y personal. La religión aparece en los inicios de la hominización cuando quedamos asombrados ante la naturaleza bipolar: hermosa y cruel. Sentimos y compartimos que algo inasible e ininteligible estaba presente desde su ausencia. Y apareció la estupefacción y el ritual en comunidad. Es –yo lo siento y lo creo- este un estadio muy primitivo que nos ha quedado impreso. Y que las religiones, después, -vienen del primitivo *re-ligo*: religarse- no solo lo han apañado: a menudo lo han usado para el enfrentamiento y la crueldad. Me quedo, para la cultura, en el primitivo estado de asombro que nos impulsa a religarnos en común desde el ritual del encuentro en centros y plazas de las ciudades. Me quedo en su civilidad ancestral del impulsar ética compartida para el empuje civilizatorio. No solo me gusta todo esto: intento que inunde propuestas para la cultura que pienso, gestiono y comunico. No pretendo que nadie me imite. Solo cuento mi experiencia.

Mujeres para desvanecer y metamorfosear una cultura con insufribles tics de hombres macho alfa que ha exhibido musculo de grandilocuencia, fajos de dinero para construir grandes edificios y contar con las estrellas arquitectónicas del momento, poder político despótico frente a las periferias y miopía delante todo lo que no es mediático. Mujeres para feminizarla, para

volver a su estado acogedor, tierno, sensible, preocupado por los que no han pisado sus moquetas y tomado cócteles en sus inauguraciones. Mujeres que amamenten el resurgir de otra vida en la ciudad y un mundo menos grosero y fanfarrón, menos mentiroso y devorador. Mujeres en los equipos directivos, en los proyectos creativos. En el primer nivel y en todos los circundantes. Mujeres menos gestoras y más movilizantes, menos vociferantemente dictadoras y más con los brazos abiertos a las diferencias. Mujeres para el diálogo desde la complejidad y la acción para alumbrar lo nuevo necesario. Cultura es femenino.

Es propio de la cultura para la emergencia rebuznar frente a los que desactivan la democracia desde pelajes y estrategias diversas, sibelinas unas, burdas las más. Entre ellos, los que se enriquecen injusta e insosteniblemente: la mafia de los perversos glamurosos. Rebuznemos frente a ellos. Incluso peguemos alguna coza para que despierten. Pero rebuznemos, doblemente, frente a la resignación de los ciudadanos en multitud: hay alternativa. Los perversos siembran que no y casi convencen. La cultura está aquí para plantearla no solo desmentirlo: para esbozar vida con trazo abierto, firme y común.

Presentemos ideas: inundemos con ellas el aire de las ciudades y el mundo desde el teatro, la danza, el cine, las expos, los debates, los libros... Presentémoslos con energía cuajada de sentido y, junto a los ciudadanos, presionemos. Ambas cosas son justas e indispensables. Pidamos, exijamos como prologo, redistribución porque la riqueza la creamos entre todos. Y hagámoslo desde la esperanza y contra el miedo que paraliza: esta injusticia actual, tan inhumana, será temporal si nos lo proponemos. Planteemos ideas desde lo concreto que preocupa: vivienda, empleo, inmigración, refugiados, salarios o desencanto. Discutamos lo que sucederá si la actual desigualdad salvaje avanza. Y seamos consecuentes.

Ante un mundo y unas ciudades gobernados mayoritariamente por ladrones y piratas, donde cada día mueren ochenta mil ciudadanos por hambre, la cultura no puede callar: su silencio es ofensa imperdonable. Necesitamos una cultura de puño alzado. Dejémonos de sutilezas que son estereotipos claudicantes. Puño alzado es la expresión fuerte, en tiempos de emergencia, de desobediencia civil manifiesta y proactiva. Puño alzado con ira cívica. Todo disimulo a partir de aquí me suena a paños calientes de siempre los mismos para no solo continuar igual: agravar la desigualdad.

La cultura de la emergencia debe enfrentarse al lucro salvaje porque es la causa de nuestro modelo de vida, ciudad y mundo en fracaso cada día más alarmante. Este fracaso tiene un nombre humanamente vergonzoso: desigualdad. Continúo con el tema. La cultura debe atacar con ideas y estrategias entendibles y prácticas, la concentración del capital en pocas manos sucias. Debe mostrar, descaradamente, esta injusticia. Me gustaría que sociólogos como Saskia Sassen estuvieran en los escenarios de nuestros teatros mostrando sus investigaciones, aportaciones y retos: muestran con contundencia como el actual sistema financiero mafioso expulsa a ciudadanos que para ellos son números. Me parecen un Shakespeare de hoy, inteligentísimos. A menudo tengo la impresión que los que vivimos en ciudades agradables evitamos contemplar –ya no estar junto a- los escombros de pobreza, totalitarismos, abusos ecológicos, guerras inciviles, maltratos, violaciones... que son montaña. La cultura debe plantearlos. Debe surgir de estos escombros porque es esperanza, lo genuinamente humano que somos.

Funcionemos en red: una red territorializada que facilita significado, sentido para la vida, la ciudad y el mundo en transformación. El equipo de un centro, para esta tarea clave en el proceso de nuestra humanización en re-evolución, debe estar

formado por algunos creativos un tanto especiales: carismáticos o, en palabra inteligible, proféticos audaces. Deben facilitar signos/propuestas para el fluir de lo que nos importa en la vida. Necesitamos equipos dotados de olfato para la adivinación de alternativas al injusto y esperpéntico mundo que hemos permitido con nuestra pasividad insoportable. Tampoco es tan complicado restaurar la dignidad. Urgimos de propuestas abiertas, inundadas de horizonte para una cotidianidad no centrada en la economía como alma y el etnocentrismo como casa. Urgir es hacer.

Alguien que no se estremezca escuchando La Pasión según San Mateo de Bach, la obra cumbre para mí de la música y no sienta el grito de rebeldía paseando por un barrio depauperado, no puede estar al frente de un centro para la cultura. ¿Bipolar? En el mundo de hoy ¿se puede ser otra cosa? Solo así juntaremos lo aparentemente opuesto. Lo confirmo en Guatemala después de pasear y trabajar en barrios miseria, donde encuentro a una gente de una humanidad infinita con la que nos planteamos qué podemos hacer para que los muchachos y muchachas no caigan en las garras de La Mara. Y lo reafirmo en el hotel mientras tomo notas para un proyecto que ya se está realizando, escuchando La Pasión con auriculares que no me alejan del barrio en el que hace media hora estaba con un chaleco antibalas: vivo la polaridad en toda su esperanza y desengaño. Esta es la visión, tan alejada de la gerentocracia economicista o de la artísticidad difusora. Ya no. Ya fueron. Ya fracasaron. Ensayemos otras propuestas desde la ética que supera estéticas decorativas.

La cultura pide una concentración mayor que el tres minutos. Nos han acostumbrado al consumismo cultural: es una atrocidad perpetrada por el insaciable mercado contra lo genuinamente nuestro que es el pensar imaginando. Ahora, con lo tecnológico inmediato y múltiple, el tiempo es un bien escaso. Así que, ¡tres minutos! Si dejamos que los frívolos y tecnólogos fríos dirijan los

centros para la cultura, los inundaran de cintas mecánicas en los museos para que pasemos, rápidos y según tarifa de entrada, por delante de las colecciones o prohibirán editar libros gruesos y sepultaran todas las sinfonías de Malher. Porque todo debe ser breve y sintético como un pantallazo visual en el móvil, lo más en todo. La cultura no cabe en este fogonazo de novedad: es siempre pregunta y reflexión, aprendizaje y propósito, diálogo y reencantamiento. La cultura empuja a que pensemos por nuestra cuenta, nos invita a compartir ideas y a transformarlas en acción personal y común. Tres minutos, tal vez es el tiempo necesario para desconectar de las velocidades contemporáneas que inundan nuestras vidas cotidianas. Tiempo para poner el freno. Y abrirnos, sin tiempo limitado, al otro que está presente, diferentemente, en cualquier propuesta desde la cultura.

¿Y si la cultura de la emergencia fuera algo tan simple y humano, tan subversivo y deseado como dar voz a los que no tienen voz? Que ellos, los acallados, los que ya no les queda ni la voz, ocupen los escenarios, las salas de expos y los museos, los despachos directivos y las salas de ensayo, los medios de comunicación, el latir de los creativos y el corazón de los espacios para la cultura. Es una propuesta radical. Y es, sin duda, la que optaría si estuviera al frente de una organización para la cultura pública, gubernamental o asociativa.

Si escribir poesía después de Auschwitz era una barbaridad, en la nueva barbarie del sistema financiero global escribir poesía es una necesidad para enfrentarnos a la ordinariez pestilente que proponen, a la crueldad en la vida que empujan porque la conciben solo como mercancía. Y no dialogo con el otro igual y diferente. La cultura como poesía, como palabra de sugerencias abiertas, nos facilita emoción, ideas, pistas, para encauzar la vida, para descubrir ángulos olvidados e impensables desde los que estimularla, profundizarla y compartirla. Nos facilita observarnos y estar atentos a las propuestas y respuestas de los

otros. Nos sitúa ante nuestras limitaciones y horizontes. Que siempre son de esperanza porque los construimos desde el ahora personal y con colaboración, con creatividad e iconoclastía para volver a situar la ética en el corazón de nuestras ciudades: la ética de los deberes y los derechos humanos por las que legiones han luchado y entregado su vida. Fin del dictado: estamos en tiempo de poesía.

¿Porqué los de la cultura, tan obsesionados por la novedad, no la tiran al váter y optan por la ecología, mucho más vital e imprescindible en las ciudades, facilitando desde ella pensamiento, propuestas y acción que impulsen sostenibilidad real constatable y constante entre los ciudadanos, implicándose en que todo sea verde a escala local e internacional? Lo obvio ha desaparecido de los despachos para la decisión en la cultura: las cuestiones cotidianas ciudadanas, tan vitales y universales, se dejan fuera de las reuniones. Estas cosas comunes, incluso son de mal gusto para los fans de las políticas culturales y el sistema del arte. Porque no son exquisitas. ¡Tontos! Forman parte del mapa donde tomar decisiones creativas audaces. No entran en los despachos enmoquetados y ni están encima de las mesas de acero de cristal donde se sientan quienes contaminan la cultura con extravagancias y les importa un cuerno los problemas cotidianos de la gente. Ellos cuentan sus problemas exquisitos al psiquiatra caro que los consuela. En la entrada de todos los centros para la cultura debería haber un árbol con un cartel, diseñado a mano que diga: *a nosotros nos importa.*

A la cultura contemporánea, paulatina e imparablemente, la han encerrado en los centros especializados gestionados por profesionales hiperespecializados que mantienen las ventanas cerradas para no estar en contacto con el exterior. Solo mantienen una puerta abierta, previo pago de entrada. Es hora, desde la cultura para la emergencia, de reabrir ventanas, ampliarlas y suprimir puertas para que la libre circulación sea

incesante. Y es hora también de que estos hiperespecializados salgan de los recintos y no solo pisen las calles: se instalen entre los últimos, los desesperados, los conformistas desencantados, los irresponsables y corruptos, la buena gente... para que vean, comprendan, compartan y, desde todos ellos, propongan: faciliten propuestas otras en medio del corriente de la vida, con sus aguas turbulentas y turbias y las pepitas de oro que navegan entre ellas. Con un lenguaje claro, directo, propositivo y cuando sea menester –es tanto- crítico y acusador. Los buenísimos culturales fueron: nos ahogan en pasividad frente al deterioro público/democrático y el pirateo financiero, dos de los huracanes que han desembocado en la larga crisis omnívora, que no tiene la última palabra.

Aceptémoslo: todo el edificio de pensamiento y acción para la cultura instalado, desde los ochenta, por las políticas culturales se hundió estrepitosamente en el 2008. Fracasó el matrimonio de conveniencias entre cultura del espectáculo y economía neoliberal. Los que estábamos por la cultura del sentido para la cotidianidad también fracasamos por timoratos, acomodaticios y poco valientes. Yo me acuso. Y parece que el gremio de la cultura ha aludido toda responsabilidad cuando el gran crack del 2008 fue, básicamente, cultural: el sistema de valores imperante –esta es la palabra- se estrelló. Mejor: lo estrellaron. Y parece que los de la cultura estamos poco por la labor otro impulsado junto a los ciudadanos vilmente apaleados y desechados. Aceptémoslo: somos una pandilla de incompetentes. Ningún directivo y equipo ha sido expulsado por estar ciego frente a estas catástrofes de la dirección de un centro para la cultura. Incluso ahora está apareciendo una nueva camada de directivos y equipos más jóvenes con la misma tara: se han formado en los másteres neoliberales de las políticas culturales. Esto les imposibilita caminar junto a los ciudadanos vulnerables en desigualdad estremecedora o los movimientos sociales cansados de nuestra democracia enfermiza.

Un problema en la cultura es que concentramos públicamente la mayoría de recursos en algunos grandes centros, manifiestamente ortopédicos, marmóreos, aislados voluntariamente de los ciudadanos. Centros que optan por un modelo de cultura fuera de la vida cotidiana real, desigual y en enorme transformación. Tal vez deberíamos cerrarlos durante unos años por decepción y amuermamiento. Y dedicar sus recursos –hay muchos- a una constelación de centros para la cultura en los barrios de la ciudad con equipos de creativos que surjan de entre la gente, sus penurias y retos. ¿Radical? Me la replantifa. Y me encanta que algunos se queden sin trabajo y sin espectáculos exquisitos porque otros muchos tendrán un trabajo interciudadano para la cultura y no optaran por el espectáculo: por reforzar y transformar el sentido para la vida en común.